



“Los defensores de la república”

p. 43-50

Martín Quirarte

Historiografía sobre el imperio de Maximiliano

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1970

268 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 9)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de noviembre de 2019

Disponible en:

www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/127/historiografia_imperio.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Cuando se compara la conducta de quienes así se engañaron, con la de los que resistieron a todos los halagos, exponiéndose a todos los peligros y sometiéndose a todos los sacrificios, permaneciendo sencillamente fieles a su bandera y a su religión política, resulta ésta tan superior moralmente a aquélla como lo es en el orden intelectual la *verdad* con el *error*.

JUSTO SIERRA





LOS DEFENSORES DE LA REPÚBLICA

Si se quisiera explicar en una fórmula simple, la razón por la cual los republicanos acabaron por lograr la expulsión de los invasores extranjeros y el triunfo sobre el Imperio de Maximiliano, habría que afirmar que fue la clarividencia de su clase directora la que les facilitó la victoria.

Periodistas, generales, diplomáticos y hombres de Estado poseyeron una capacidad asombrosa para comprender su momento y una intuición pasmosa que les permitió presentir el porvenir. El secreto de su buen éxito consistió en haber sabido crear una conciencia de nacionalidad, en un pueblo que no la tenía plenamente lograda al iniciarse la invasión del suelo mexicano por parte de las potencias extranjeras. Jamás dudaron del triunfo final, ni en los momentos más adversos, para la causa republicana.

Examínese el pensamiento de políticos y diplomáticos europeos como Lord Palmerston, Russell, Thouvenel, Calderón Collantes y Drouyn de Lhuys, en lo relativo a cuestiones mexicanas, y se verá qué limitado resulta, comparado a las apreciaciones de hombres como Juan Antonio de la Fuente y Francisco Zarco.

Quienes representaron a los países europeos, con excepción de don Juan Prim, no acertaban a comprender el fenómeno mexicano. En el momento crítico para la causa republicana Dubois de Saligny, el barón de Montholon y Alfonso Dano no se distinguieron ciertamente por su penetración. Por eso resultan tan asombrosas las apreciaciones del general Prim. Sus frases a Napoleón, redactadas con gran respeto, encerraban una profunda verdad que el tiempo confirmaría. Francia, nación rica ocupada por hombres de gran valor e inteligencia, no debía comprometerse en la aventura mexicana para imponer a Maximiliano. Ese monarca podía sostenerse sólo transitoriamente y caería tan luego como le faltase el apoyo del ejército francés. . . Dijo también que Lorencez no se apoderaría de Puebla y que para consolidar el trono de Maximiliano eran necesarios inmensos sacrificios de soldados y dinero. Los franceses serían sólo dueños del terreno que pisaran; su autoridad no llegaría siquiera a donde pudiera oírse el eco de sus clarines. Podrían ocupar México y otras ciudades, pero el pueblo mexicano no aceptaría a Maximiliano como emperador y cuando los franceses abandonasen el territorio inva-

dido, dejarían al país más revuelto de como lo habían encontrado. Al mismo marqués de los Castillejos debe haberle pasmado la exactitud matemática con que se cumplieron gran parte de sus vaticinios.

Por su parte, los generales mexicanos en su lucha contra la intervención extranjera y el Imperio de Maximiliano, se distinguieron por su espíritu de sacrificio, por la constancia de su esfuerzo, por la fe en la justicia y en el triunfo de su causa que supieron inspirar a sus subordinados. Hombres como Mariano Escobedo, Porfirio Díaz, Ramón Corona, Carlos Salazar y José María Arteaga no ignoraron el límite de resistencia del soldado nacional. Perfectamente informados de la capacidad técnica, la disciplina y el armamento del enemigo extranjero, tomaron todas las precauciones necesarias para no sacrificar al ejército mexicano en aventuras inútiles.

Los jefes civiles de la República, fueron hombres de extraordinario sentido práctico, que analizaron con asombrosa penetración los problemas internos de México y las vicisitudes de la política exterior. Léanse detenidamente *Revistas Históricas sobre la Intervención Francesa en México*, redactadas por don José María Iglesias, y la correspondencia de Juárez para que pueda apreciarse todo lo que había de perspicacia y penetración en los grandes caudillos del gobierno republicano.

Cuando se examinan las ideas del general Prim, de Juárez y de José María Iglesias lo que pasma es la agudeza con que comprendieron su presente y vislumbraron el porvenir. Y la profundidad de sus aciertos se destaca más comparando esta profundidad a las limitaciones de sus adversarios. José María Gutiérrez de Estrada, José Manuel Hidalgo, Juan Almonte, el obispo Labastida, el periodista Masseras, el general Bazaine, Maximiliano y Napoleón sólo ven un sector de la gran aventura y éste es el rasgo fundamental que los distingue del presidente Juárez y del autor de las *Revistas Históricas*.

Hemos citado las *Revistas Históricas sobre la Intervención Francesa en México*, procedamos a explicar bajo qué condiciones nacieron y cuál fue su importancia.¹ Recordemos que el mes de

¹ El material documental que nos proporcionan los defensores de la República es muy rico y variado. En el momento mismo de la lucha, tanto civiles como militares redactaron informes e hicieron artículos y libros, posteriormente publicaron obras de incuestionable valor histórico. Se han escogido para su comentario las *Revistas Históricas* de Iglesias como el trabajo que mejor caracteriza el pensamiento que guió a los republicanos. En cierta manera constituyó un órgano

abril de 1862 fue un mes de incertidumbre y angustia para México. El paisaje era turbio y estaba cargado de amenazas. Las fuerzas extranjeras de tres potencias ocupaban el suelo nacional. Cuatro meses hacía que la guerra amenazaba desencadenarse. Ni la prudencia del ministro de Relaciones Exteriores, don Manuel Doblado, ni la actitud ponderada del presidente Juárez ofreciendo a los países extranjeros hacerles justicia, parecían suficientes para conjurar la tormenta que se aproximaba.

Frente al peligro que amagaba a México, su pueblo carecía aún de un concepto preciso y claro de nacionalidad. Esto no lo podían decir Juárez, ni Lerdo de Tejada, ni José María Iglesias. Tampoco podían decirlo Ignacio Zaragoza, Porfirio Díaz, Mariano Escobedo, Jesús González Ortega, y los demás campeones de la futura resistencia contra la intervención francesa. El deber de aquellos hombres era exaltar el sentimiento patriótico donde éste existiera ya y crear en las multitudes la noción de patria al compás mismo de la lucha armada.

En momentos tan dramáticos era indispensable que el gobierno contase con un órgano de información; Manuel Doblado, ministro entonces de Relaciones Exteriores, tuvo una intuición doblemente feliz cuando encontró la manera de lograr ese fin; se publicaría una serie de revistas para dar a conocer al público mexicano y a los países extranjeros la grave situación por la que atravesaba la República. Pero era indispensable que quien redactara esas revistas tuviese no sólo un patriotismo superior a las ofuscaciones de partido y una sólida cultura. Se necesitaba una de esas individualidades capaces de penetrar en todos los secretos de la crisis social de su momento, uno de esos hombres que poseen el instinto que les permite vislumbrar el porvenir. Doblado que vivía en esos momentos en el punto meridiano de su gloria, tuvo el supremo acierto de escoger a don José María Iglesias como la persona ideal para la redacción de estas revistas.

Para entender las *Revistas Históricas* no hay que olvidar las condiciones bajo las cuales fueron escritas. Se redactaron mientras tenía lugar la lucha armada y sin embargo, el tono de moderación que campea en ellas, bien podría servir de ejemplo a muchos de los que a un siglo de distancia de los acontecimientos, publica-

de información del gobierno de Juárez, pero escrito con mucha dignidad y con un amplio criterio. Para un mejor conocimiento del tema consúltese el prólogo que hice en 1966, al publicar la Edit. Porrúa la segunda edición de las *Revistas Históricas sobre la Intervención Francesa en México*.

ron en 1963 multitud de folletos en que dieron rienda suelta a los más bajos rencores.

Ahora bien, las *Revistas Históricas* tuvieron una finalidad que cumplieron con creces. Pocas veces un escritor se ha mostrado tan sencillo y a la vez tan vigoroso en su análisis. Guió a Iglesias un afán de precisión, un propósito de lograr la justa medida de las cosas. Inmoló la belleza literaria en aras de la lógica de bronce de los hechos. Esto no quiere decir que a lo largo de todas sus páginas, muestre un estilo desaliñado. De ninguna manera, hay fragmentos en que el escritor escaló las cimas más altas de la perfección estética, pero frecuentemente sobrepuso el rigor matemático de su pensamiento a la belleza de la forma. Su voluntad y su talento estaban al servicio de una idea y no subordinados a la necesidad de las bellas letras.

Una de las cosas que asombran en Iglesias es su extraordinaria actividad y su capacidad de información. Con rapidez vertiginosa seguía Iglesias el hilo de los debates del Cuerpo Legislativo de Francia. Con inflexible lógica y apoyado en datos históricos y estadísticos sólidamente fundamentados destruía una a una las tesis de los adversarios del gobierno de Juárez. Seguía también con el mismo interés las vicisitudes de la vida política de los Estados Unidos y de los países europeos. Pasma en verdad la velocidad con que Iglesias recibía las noticias y las ponía en conocimiento del público. Para probar esta afirmación baste un ejemplo. El 10 de abril de 1864 se firman los tratados de Miramar en que se determina la responsabilidad contraída por Maximiliano con respecto a Francia y en los cuales Napoleón señala en qué límites prestará su apoyo al imperio que él ha contribuido a establecer. En la *Revista Histórica* del 31 de mayo de 1864, Iglesias hace ya el comentario de los tratados de Miramar y un estudio luminoso del problema financiero.

Pero más asombrosa que la rapidez de sus informes resulta la fuerza de sus vaticinios. Desde 1864 previó la ruina del imperio. Basta examinar sus apreciaciones sobre la cuestión financiera para comprender la profundidad de sus juicios. En ese tiempo nadie lo superó al examinar los problemas económicos del imperio y más tarde sólo don Manuel Payno pudo igualar la solidez de sus raciocinios.

Desde antes que Maximiliano conociese al general Bazaine, adivinó Iglesias que un choque iba a estallar un día entre los

dos. Lo que no pudo captar Napoleón III, lo intuyó el modesto redactor de las *Revistas Históricas*, que vio en el mando bicéfalo del ejército una fuente de futuras controversias.

Al examinar en sus grandes lineamientos el problema de la intervención, don José María Iglesias consideraba que cuatro razones harían imposible el establecimiento firme del imperio en México.

1ª Una guerra europea que obligase a Francia a tomar una participación importante y que la hiciese llamar al ejército empleado en la aventura de ultramar.

2ª La necesidad de retirar el cuerpo expedicionario francés porque no se podría sostener con los fondos propios del tesoro imperial mexicano.

3ª El triunfo de los Estados Unidos que seguramente en nombre de la doctrina Monroe, no tolerarían el establecimiento del imperio mexicano.

4ª Finalmente la resistencia republicana sería un obstáculo permanente a toda tentativa monárquica.

Sobre estos cuatro temas Iglesias trabajó incansablemente. Acumuló argumento tras argumento para probar que la razón le asistía.

Es indudable que Maximiliano y Napoleón nunca entendieron la realidad mexicana. Uno y otro como los personajes Bouvard y Pécuchet de la novela de Flaubert, más daño habían hecho a México con su ignorancia y poca cordura que con su maldad.

Me he preguntado si directa o indirectamente no tuvo alguna vez Napoleón información de alguna de las *Revistas Históricas* de Iglesias. Pero aun cuando éstas hubieran pasado por sus manos, las habría rechazado con el mismo desdén con que trató las valiosas informaciones del general Prim o con el desprecio que sintió a la oposición violenta que Jules Favre hacía a la política imperial. Sin embargo, muy cara pagaron Maximiliano y Napoleón su ambición. Hubo un error muy grave de apreciación de parte de los imperialistas que fueron incapaces de percibir todas las aristas del problema. Esa incapacidad de observación de quienes crearon el Segundo Imperio, contribuyó al desenlace de un drama. En cambio el lúcido raciocinio de los republicanos, unido a su perseverancia los llevó al triunfo definitivo y a la consolidación plena de la nacionalidad.

